

nas todas, que nosotros los alemanes de hoy no tenemos, y que, por lo tanto, tampoco podemos darlas.»— Ante respuesta tan preciosa, mi filosofía me aconseja callarme, y no llevar más lejos mis cuestiones, mis argumentaciones; sobre todo, porque en ciertos casos, como dice el proverbio, *no es uno filósofo sino guardando silencio.*

Niza, en la primavera de 1886.

CAPITULO PRIMERO

De las primeras y últimas cosas.

1. *Química de las ideas y de los sentimientos.*— Los problemas filosóficos revisten hoy, casi bajo todos los respectos, las mismas formas que hace dos mil años: ¿cómo puede nacer una cosa de su contraria; por ejemplo, lo razonable de lo irracional, lo sensible de lo muerto, la lógica del ilogismo, la contemplación desinteresada del deseo avaro, el altruismo del egoísmo, la verdad del error? La filosofía metafísica, para vencer esta dificultad, se ha valido hasta hoy de la negación de que una cosa naciera de otra, y aceptado para las de alto valer un origen milagroso: la separación del núcleo y la de la esencia de la «cosa en sí». La filosofía histórica, el más reciente de los sistemas filosóficos, que no puede concebirse separado de la ciencia natural, descubre casos particulares y verosímelmente derivará de ellos esta conclusión primordial: que no existen cosas contrarias, sino en la exageración habitual de la concepción popular ó metafísica, y que la base de esta pregonada oposición consiste en un error de raciocinio. Conforme á sus explicaciones no hay, en sentido estricto, ni conducta no egoísta, ni contemplación enteramente desinteresada; ambas no son sino sublimaciones, en que el elemento fundamental

parece casi volatilizado y no revela su presencia hasta que no se hayan hecho las más sutiles observaciones. Todo lo que necesitamos, y que afortunadamente se nos puede ofrecer hoy por primera vez, merced al nivel actual de las ciencias particulares, es una *química* de las representaciones y de los sentimientos morales, religiosos, estéticos y de las emociones que sentimos en las relaciones grandes y pequeñas de la civilización y de la sociedad, y tal vez hasta en el destierro. ¿Pero para qué, si esa química tiende á demostrar que en su dominio aun los colores magníficos son producto de materias viles, casi despreciadas? ¿Sentirán satisfacción muchas personas en continuar tales investigaciones?—La humanidad procura alejar de su pensamiento todas las cuestiones de origen y de principios: ¿no es necesario estar separado de ella para sentir inclinación opuesta?

2. *Pecado original de los filósofos.*—Todos los filósofos tienen en su activo esta falta común: partir del hombre actual y pensar que en virtud del análisis pueden llegar hasta el fin que se proponen. Involuntariamente, se representan al hombre como una *aeterna veritas*, como elemento fijo en todas las variantes, como medida cierta de las cosas. Pero todo lo que el filósofo enuncia respecto del hombre, no es sino un testimonio acerca del hombre mismo en relación á un espacio de tiempo *muy limitado*. La falta de sentido histórico es el *pecado original de los filósofos*; muchos llegan hasta tomar en su ignorancia, como forma fija de que es necesario partir, la forma más reciente del hombre, tal como se ha producido bajo la influencia de religiones determinadas y aun de tales ó cuales sucesos políticos. No quieren comprender que el hombre, que la propia facultad de conocer es resultado de una

evolución; sin que falten algunos de entre ellos que hacen derivar el mundo entero de esta facultad de conocer. Todo *lo esencial* del desenvolvimiento humano ha pasado en tiempos remotos, muy anteriores á estos cuatro mil años que conocemos aproximadamente; en éstos puede ser que el hombre no haya cambiado mucho. Pero el filósofo ve «instintos» en el hombre actual, y admite que estos instintos corresponden á cifras y cálculos inmutables en relación á la humanidad y que pueden darle una clave para la inteligencia del mundo en general; toda la teología está construida sobre este hecho; hablan del hombre de los cuatro mil años últimos como de un hombre *eterno*, con el cual tienen desde su principio relación directa natural todas las cosas del mundo. Pero todo ha evolucionado; *no existen hechos* eternos del mismo modo que no hay *verdades absolutas*. Por esto *la filosofía histórica* es para en adelante una necesidad, como la acompañe la virtud de la modestia.

3. *Estimación de las verdades sin apariencia.*—Muestra de alta civilización es tener más estimación de las verdades sin apariencia que se hayan encontrado por un método severo, que de los errores benéficos y deslumbradores que se derivan de edades y de hombres metafísicos y artistas. De pronto se tiene contra las primeras la injuria en los labios, como si no pudiera encontrarse igualdad de derechos entre ellas; tan honradas, modestas, tranquilas, humildes aun en apariencia son éstas, como aparecen aquéllas hermosas, brillantes, ruidosas, quizá hasta beatíficas. Pero lo que se ha conquistado tras ardorosa lucha, de cierto, durable y por lo mismo nutrido de consecuencias para todo conocimiento ulterior, es sin duda lo más valioso; sostenerse en ello es viril y da muestra de valor, de

honradez y de temperancia. Poco á poco, no sólo el individuo sino el conjunto de la humanidad se eleva á esta virilidad, cuando se acostumbra por fin á tener más alta estimación por los conocimientos seguros duraderos, y ha perdido toda creencia en la inspiración y en la comunicación milagrosa de las verdades. Los adoradores de las formas, con su escala de lo bello y lo sublime tendrán de pronto razones para ridiculizar, desde que comience á prevalecer la estimación de las verdades sin apariencia y el espíritu científico; pero es solamente porque su vista no está todavía abierta á la atracción de la forma *más simple*, ó porque los hombres educados en este espíritu tardan durante algún tiempo en compenetrarse con él, íntima y plenamente, mientras que sin pensar en ello van todavía tras las viejas formas (y esto bastante malamente, como lo hace quien no tiene mucho interés por una cosa). Antes, el espíritu no se hallaba requerido por un estricto método de pensar; entonces su actividad consistía en preparar bien los símbolos y las formas. Esto ha modificado ya: toda aplicación seria del simbolismo, se tiene ahora como carácter de una civilización inferior. Del mismo modo que hasta nuestras artes se hacen siempre más intelectuales y nuestros sentidos más espirituales, y del mismo modo que, por ejemplo, se juzga hoy de manera más diverso, respecto á lo que aparece bien á los sentidos, de lo que se juzgaba, hace cien años, así también las formas de nuestra vida se hacen cada vez más *espirituales, más feas* quizá para la vista de las edades anteriores, pero solamente porque no eran capaz de ver cómo el imperio de la belleza interior espiritual va haciéndose sin cesar más profundo, más amplio, y en qué medida todos nosotros hoy podemos dar mayor

valor á la visión espiritual, interior, que á la más bella composición ó al edificio más sublime.

4. *Astrología y sus análogos*.—Es perfectamente verosímil que los objetos del sentimiento religioso, moral, estético y lógico no pertenezcan sino á la superficie de las cosas, mientras que el hombre cree de buen grado que por lo menos toca el corazón del mundo; y se hace esta ilusión porque las cosas le brindan tan profundo bienestar y tan profundo infortunio, que le mueven á tener el mismo orgullo que si se ocupa de astrología. Juzga ésta que el cielo estrellado cambia en presencia de la suerte de los hombres; el hombre moral, por su parte, supone que lo que le toca esencialmente al corazón, debe ser también la esencia y el corazón de las cosas.

5. *Desestimación del sueño*.—Durante el sueño, el hombre, en las épocas de civilización informe y rudimental, cree aprender á conocer un *segundo mundo real*; tal es el origen de toda metafísica. Sin el sueño no se habría encontrado ocasión de distinguir el mundo. La división en alma y cuerpo está también ligada á la más antigua concepción del sueño, del mismo modo que la creencia en una envoltura aparente del alma, es el origen de la creencia en los espíritus y acaso también en la de los dioses. «Lo muerto continúa viviendo, *pues* aparece en los vivos durante el sueño», así es cómo se razonaba en otro tiempo, razonamiento que duró millares de años.

6. *El espíritu de la ciencia es poderoso en el detalle, no en el todo*.—Los menores dominios separados de la ciencia son tratados de una manera puramente objetiva: las grandes ciencias generales, por el contrario, se proponen, consideradas como un todo, traer á la mente esta cuestión—cuestión en verdad

puramente ideal:—¿para qué? ¿con qué objeto? Como consecuencia de esta preocupación por la utilidad son las ciencias en el conjunto tratadas menos impersonalmente que en sus partes. Luego, pues, como la filosofía se halla en la cúspide de las ciencias, la cuestión de la utilidad del conocimiento en general se encuentra involuntariamente realizada y toda filosofía tiene inconscientemente necesidad de atribuirle la *más alta utilidad*. Así es como existe en todas las filosofías tanto vuelo dado á la metafísica y tanto temor á las soluciones de la física que parecen insignificantes, aunque el conocimiento de la vida debe aparecer tan grande como sea posible. De ahí el antagonismo entre los dominios científicos, particulares y la filosofía. La última quiere, lo que quiere el arte, dar á la vida y á la acción la mayor profundidad posible y la mayor significación; en los primeros se busca el conocimiento y nada más, como algo que de ellos debe emanar. No existe hasta aquí filósofo para quien la filosofía no sea la apología del conocimiento: en este punto á lo menos, cada cual es optimista; á éste debe darse la mayor utilidad. Todos están tiranizados por la lógica, y la lógica es un optimismo.

7. *El perturbador de la fiesta en la ciencia.*—La filosofía se separó de la ciencia cuando propuso esta cuestión: ¿cuál es el conocimiento del mundo y de la vida con el cual el hombre vive más dichoso?—Hízose esto en las escuelas socráticas; por la consideración de la *dicha*, se ligó las venas de la investigación científica, y hoy se hace así todavía.

8. *Interpretación neumática de la naturaleza.*—La metafísica da una interpretación *neumática* del libro de la naturaleza, semejante á la que la Iglesia y sus sabios dieron de la Biblia en otro tiempo. Se necesita

mucha inteligencia para aplicar á la naturaleza el mismo género de interpretación estricta que los filólogos han establecido para todos los libros; proponiéndose comprender simplemente lo que el texto quiere decir, y no investigar un *doble* sentido, ni aun suponerlo siquiera. Pero así como en lo que toca á los libros la mala manera de interpretar no está completamente vencida, y hasta en la sociedad más culta se echa mano de los restos de explicación alegórica y rústica, así también pasa en lo que toca á la naturaleza, y aun algo peor.

9. *Mundo metafísico.*—Es verdad que podría existir un mundo metafísico; su posibilidad absoluta apenas puede discutirse. Estudiamos todas las cosas con la cabeza del hombre, y no podemos cortar esta cabeza; pero queda, no obstante, pendiente la cuestión sobre lo que quedaría del mundo si se hubiera llegado á cortar aquélla. Este es un problema puramente científico, y no muy propio ciertamente para preocupar á los hombres; pero todo lo que les han producido las hipótesis metafísicas, *preciosas, temibles, agradables*, lo que han creado en ellos, es pasión, error y engaño de sí mismos. Son los peores métodos de conocimiento, no los mejores, los que han enseñado á creer en esas hipótesis. Desde que se revelaron estos sistemas como fundamento de todas las religiones y metafísicas existentes, se les ha refutado. A pesar de todo, la referida posibilidad subsiste siempre; pero de ella no se puede sacar nada, salvo que se quiera hacer depender la felicidad, la salud y la vida de los hilos de araña de semejante posibilidad. Puesto que no se puede explicar nada del mundo metafísico, sino que es diferente de nosotros, diferencia que nos es inaccesible, incomprensible, sería una cosa de atributos negativos.

La existencia de semejante mundo, aun cuando fuese lo mejor probado, nos dejaría establecido que su conocimiento es entre todos los conocimientos el menos importante; es más indiferente para nosotros todavía que para el navegante, en medio de una tempestad, el conocimiento del análisis químico del agua.

10. *Inocuidad de la metafísica en el porvenir.*—Desde el momento en que la religión, el arte y la moral se describen en su origen, de manera que pueden explicarse completamente sin recurrir á la adopción de *conceptos metafísicos* ni en su principio ni en su curso, cesa el gran interés que despierta al problema puramente teórico de «la cosa en sí» y de la «apariencia». Porque, comoquiera que sea, con la religión, el arte y la moral no tocamos á la esencia del mundo en sí. Estamos en el dominio de la representación, y ninguna intuición puede hacernos avanzar. Con plena tranquilidad se abandonará la cuestión de saber cómo nuestra imagen del mundo puede diferir tanto del mundo establecido por el razonamiento en la fisiología y en la historia de la evolución de los organismos y de las ideas.

11. *El idioma como pretendida ciencia.*—La importancia del idioma para el desenvolvimiento de la civilización, estriba en que el hombre ha colocado un mundo propio al lado del otro; posición que juzgaba bastante sólida para levantar desde ella el resto del mundo sobre sus goznes, y hacerse dueño de él. Porque el hombre ha creído durante largo espacio de tiempo en las ideas y en los nombres de las cosas, como en *aeternae veritates*, se ha atribuido este orgullo, con el cual se elevaba sobre la bestia; pensaba en realidad tener en el lenguaje el conocimiento del mundo. El creador de palabras no era bastante modesto

para creer que no hacía sino dar nombres á las cosas; se figuraba, por el contrario, expresar por medio de las palabras la ciencia más alta de las cosas; en el hecho, el lenguaje es el primer grado del esfuerzo hacia la ciencia. *La fe en la verdad encontrada* es la fuente de donde derivan su fuerza los poderosos. Muy tarde, casi en nuestros días, los hombres comienzan á entrever el monstruoso error que han propagado con su creencia en el lenguaje. Por fortuna, es demasiado tarde para que esto determine un retroceso en la evolución de la razón que descansa en esta creencia. La lógica también descansa sobre cuestiones á las que nada responde en el mundo, por ejemplo, la verdad de las cosas, la identidad de la misma cosa en diferentes puntos del tiempo; pero esta ciencia ha nacido de la creencia opuesta (que existían ciertamente cosas de este género en el mundo real). Lo mismo sucede con las matemáticas, que seguramente no habrían nacido si se hubiera sabido desde el primer momento que no hay en la naturaleza ni línea exactamente derecha, ni círculo verdadero, ni grandeza absoluta.

12. *El sueño y la civilización.*—La función del cerebro que más se altera con el sueño es la memoria, no porque se suspenda enteramente, sino porque durante él se halla en un estado de imperfección semejante al que debió tener el hombre en los primeros tiempos de la humanidad, en el día y en la vigilia. Caprichosa y confusa como es, confunde perpetuamente las cosas por razón de los puntos de semejanza más insignificantes; pero con el mismo capricho, con la misma confusión con que los pueblos inventaban sus mitologías; aun hoy, los viajeros pueden observar la tendencia de los salvajes á olvidarlo todo; que su es-

píritu, después de pequeño esfuerzo de memoria, comienza á vacilar, y que, por puro decaimiento, no da de sí sino mentiras y absurdos. En el sueño nos asemejamos todos á los salvajes; el reconocimiento imperfecto y la asimilación errónea son la causa del mal razonamiento de que nos hacemos culpables en el sueño, hasta el extremo de que á la lúcida representación de un sueño tenemos miedo de nosotros mismos, que ocultamos tanta y tanta locura. La perfecta claridad de todas las representaciones en el sueño, que descansa en la creencia absoluta en su realidad, nos recuerda los estados de la humanidad anterior, en los que la alucinación era por todo extremo frecuente y se enseñoreaba de cierto en cierto tiempo de comunidades enteras á la vez y aun de pueblos enteros. Así, en el sueño rehacemos una vez más la tarea de la humanidad anterior.

13. *Lógica del sueño.*—En el sueño nuestro sistema nervioso se encuentra continuamente excitado por múltiples causas interiores; casi todos los órganos se separan y se ponen en actividad: la sangre realiza su impetuosa revolución, la posición del que duerme comprime ciertos miembros, las mantas influyen sus sensaciones de diversas maneras, el estómago digiere y agita con sus movimientos otros órganos, los intestinos se tuercen, la situación de la cabeza produce estados musculares no acostumbrados; los pies, sin calzados, no hollando el suelo con la planta, ocasionan el sentimiento de lo no acostumbrado, del mismo modo que el diferente vestido de todo el cuerpo; todo, según su cambio, su grado cotidiano, conmueve por su carácter extraordinario todo el sistema, hasta el funcionamiento del cerebro; y así, hay cien motivos de admiración para el espíritu y para *buscar* las razones de

esa emoción; pero el sueño es el *inquirimiento y representación de las causas* de las impresiones así despertadas; es decir, de las causas supuestas. El que, por ejemplo, rodea sus pies de dos fajas, puede soñar que dos serpientes rodean sus pies entre sus anillos: esto es primeramente una hipótesis, luego una creencia, acompañada de la representación é invención de forma.—«Estas serpientes deben ser la *causa* de la impresión que siento yo que duermo»;—así juzga el espíritu del durmiente. El pasado próximo, así encontrado por razonamiento, se le pone delante por la imaginación excitada. Cada uno sabe por experiencia con qué rapidez el hombre que sueña introduce un sonido fuerte que le llega, por ejemplo, el toque de las campanas, los cañonazos, en la trama de su sueño; es decir, saca de ella la explicación al revés, si bien *pensando* experimentar primero las circunstancias ocasionales y después el mismo sonido. Pero ¿cómo puede ser que el espíritu de los soñadores dé siempre en falso, siendo así que ese mismo espíritu, durante la vigilia, tiene el hábito de ser tan reservado, tan prudente, tan escéptico en todo lo que se relaciona con las hipótesis? ¿Cómo puede ser que llegue hasta el punto de que la primera hipótesis que se le aparezca para la explicación de una sensación, le baste para creer incontinenti en su verdad (puesto que nosotros durante el sueño creemos en los sueños como si fueran una realidad; es decir, que tenemos nuestra hipótesis como completamente demostrada)? Yo pienso que de la misma forma con que el hombre saca sus conclusiones todavía hoy durante el sueño, así concluía también la humanidad, *aun en la vigilia*, durante no pocos millares de años: la primera *causa* que se presentaba al espíritu para explicar alguna cosa que

tenía necesidad de explicación le bastaba y pasaba como verdad. (Es lo que hacen hoy los salvajes, según los relatos de viajeros.) En el sueño continúa actuando en nosotros aquel tipo muy antiguo de la humanidad, porque es el fundamento sobre el cual se ha desarrollado la razón superior y se desarrolla todavía en cada hombre: el sueño nos hace volver á lejanos estados de la civilización humana, y pone en nuestras manos un medio de comprenderlos. Si pensar durante el sueño nos es hoy tan fácil, es precisamente porque durante largos períodos de la evolución de la humanidad hemos sido adiestrados en esta forma de explicación fantástica y barata de la primera idea que surge. Así, el sueño es una *recreación* para el cerebro, que durante el día debe satisfacer las severas exigencias del pensamiento, tales como han sido establecidas por la civilización superior. Hay un fenómeno hermoso en la inteligencia despierta, que podemos tomar en consideración como pórtico y vestíbulo del sueño. Si cerramos los ojos, el cerebro produce una multitud de impresiones de luz y de color, semejantes realmente á una especie de resonancia y de eco de todos los efectos luminosos que durante el día actúan sobre él. Hay más; la inteligencia, de acuerdo con la imaginación, elabora bien pronto de estos juegos de colores, de suyo informes, figuras determinadas, personajes, paisajes, grupos animados. El fenómeno particular que acompaña este hecho es, además, una especie de conclusión del efecto por la causa; mientras el espíritu inquiere de dónde vienen tales impresiones de luz y de colores, supone como causas esas mismas figuras, esos personajes; desempeñan para él el papel de ocasión de los colores y las luces, porque en el día, y con los ojos abiertos, está habituado á encontrar para cada

color, para cada impresión de luz, una causa ocasional. Entonces, pues, la imaginación le suministra constantemente imágenes, tomándolas de prestado á las impresiones visuales del día; y eso es justamente lo que hace la imaginación en el sueño: quiere esto decir que la pretendida causa es deducida del efecto y presupuesta después del efecto, y todo con extraordinaria rapidez, si bien entonces, como pasa al ver un prestidigitador, puede nacer confusión de juicios, y una sucesión interpretarse como algo simultáneo, y viceversa. Podemos deducir de estos fenómenos, *cuán tardamente* el pensamiento lógico, un poco preciso, la indagación severa de la causa y el efecto, se han desarrollado, si nuestras funciones intelectuales y racionales, aun *ahora* vuelven á las formas primitivas de razonamiento, y si vivimos quizá la mitad de nuestra vida en ese estado. También el poeta, el artista, *supone* causas que no son del todo verdaderas; se acuerda en esto de la humanidad anterior y puede ayudarnos á comprenderla.

14. *Resonancia simpática*.—Todas las disposiciones algo *fuertes* llevan consigo cierta resonancia de impresiones y de disposiciones análogas: excitan igualmente la memoria. Se despierta en nosotros, con motivo de ellas, el recuerdo de alguna cosa y la conciencia de estados semejantes y de su origen.

Así se forman rápidas asociaciones habituales de sentimientos y de pensamientos, que, en último término, cuando se siguen con la viveza del relámpago, no son percibidas como complejas sino como *unidades*. En este sentido se habla del sentimiento moral, del sentimiento religioso, como si fueran puras unidades, cuando en realidad son corriente de cien fuentes y afluentes. En esto, pues, como tan frecuentemente

pasa, la unidad de la palabra no da ninguna garantía de la unidad de la cosa.

15. *Nada de fuera ni de dentro en el mundo.*—Del mismo modo que Demócrito transportaba los conceptos de arriba y de abajo al espacio infinito, en el que carecen de sentido; así también los filósofos en general transportan el concepto *de dentro* y *de fuera* á la esencia y á la apariencia del mundo; piensan que por sentimientos profundos puede penetrarse en lo interior, que nos acercamos al corazón de la naturaleza. Pero estos sentimientos son profundos solamente en tanto que con ellos, de una manera apenas sensible, son regularmente excitados ciertos grupos complejos de pensamiento que nosotros llamamos profundos: un sentimiento es profundo porque tenemos como profundos los sentimientos que lo acompañan. Pero el pensamiento profundo puede, con todo, estar muy lejano de la verdad, como por ejemplo todo pensamiento metafísico; si quitamos del sentimiento profundo los elementos de pensamiento que se ha entremezclado en él, queda el sentimiento *fuerté*, y éste para el conocimiento no garantiza otra cosa que él mismo, de igual suerte que la creencia fuerte no prueba sino su fuerza, no la verdad de lo que se cree.

16. *La apariencia y la cosa en sí.*—Los filósofos han acostumbrado á colocarse delante de la vida y de la experiencia—delante de lo que llaman el mundo de la experiencia—como delante de un cuadro que ha sido desarrollado una vez por todos y representa inmutablemente, invariablemente la misma escena: esta escena, piensan ellos, debe ser muy bien explicada para deducir de ella una conclusión sobre el ser que ha producido el cuadro: de este efecto van á la causa, partiendo de lo incondicionado, que se mira siempre

como razón suficiente del mundo de la apariencia. Contra esta idea se debe, tomándola en su concepto metafísico exactamente por el de lo incondicionado, y *consecuentemente también de lo incondicionante*, se debe, digo, muy al contrario, negar por completo toda dependencia entre lo incondicionado (el mundo metafísico) y el mundo conocido de nosotros: si bien que en la apariencia no aparezca *absolutamente la cosa* en sí y que toda conclusión de la una á la otra deba rechazarse. De un lado no se tiene en cuenta este hecho: que el cuadro—lo que para nosotros, hombres, se llama actualmente vida y experiencia—ha llegado poco á poco á ser lo que es, que se halla todavía hoy en el período del *desarrollo*, y que por esta razón no debería ser considerado como una grandeza estable, de la cual pueda tenerse derecho para deducir, ó simplemente separar, conclusión alguna sobre su creador (la causa suficiente). Porque nosotros hemos mirado el mundo, desde hace miles de años, con pretensiones morales, estéticas, religiosas, con una ciega inclinación, pasión ó temor, y formado nuestro bagaje de las impertinencias del pensamiento ilógico, es por lo que el mundo *ha llegado á ser* poco á poco tan maravillosamente pintarrajeado, terrible, profundo de sentido, lleno de alma: ha recibido colores, pero nosotros hemos sido los coloristas: la inteligencia humana, por causa de los apetitos humanos, de las afecciones humanas, ha hecho aparecer esta «apariencia», y transportado á las cosas sus concepciones fundamentalmente erróneas. Tarde, muy tarde se ha puesto á reflexionar: y ahora el mundo de la experiencia y la cosa en sí le parecen tan extraordinariamente diversos y separados, que rechaza la conclusión de aquél á ésta, ó reclama de una manera misteriosa, capaz de hacer estremecer, *la ab-*

dicación de nuestra inteligencia, de nuestra voluntad personal, para llegar á la esencia por *esta vía*, para hacerse *esencial*. A la inversa, otros han reunido todos los rasgos característicos de nuestro mundo de la apariencia,—es decir, de la representación del mundo salida de los errores intelectuales, y transmitida á nosotros por herencia,—y *en vez de acusar á la inteligencia como culpable*, han hecho responsable á la esencia de las cosas, á título de causa de ese carácter real tan inquietante del mundo, y predicado la manumisión del Ser. Por todos estos conceptos, la marcha constante y penosa de la ciencia, celebrando, por fin, alguna vez su más completo triunfo, en una *historia del génesis del pensamiento*, llegará á su fin de un modo definitivo, cuyo resultado podría conducir á esta proposición: lo que nosotros llamamos actualmente el mundo, es el resultado de multitud de errores y fantasías, que han nacido poco á poco en la evolución del conjunto de los seres organizados, se han entrelazado en esa creencia y nos llegan ahora por herencia como tesoro acumulado en todo el pasado,—como un tesoro, sí, pues el *valor* de nuestra humanidad se funda en eso. De este mundo de la representación, la ciencia puede libertarse en realidad solamente en una medida mínima aunque, por otra parte, no sea ello muy de desear, por el hecho de que no puede destruir radicalmente la fuerza de los antiguos hábitos de sentimiento; pero puede iluminar muy progresivamente, y paso á paso, la historia de la génesis de este mundo como representación, y elevarnos, á lo menos, por algunos instantes, por encima de toda la serie de los hechos. Quizá reconoceríamos entonces que la cosa en sí es digna de una carcajada homérica; que *parecía* ser tanto, quizá todo, y que, sin embargo,

es propiamente vacía, vacía en especial de sentido.

17. *Explicaciones metafísicas*.—El joven se apodera de las explicaciones metafísicas porque le muestran en las cosas que encontraba desagradables ó despreciables algo que puede tener alto interés, y si está descontento de sí mismo acaricia este sentimiento cuando reconoce el íntimo enigma del mundo ó la miseria del mundo en lo que tanto reprueba en sí. Sentirse irresponsable y encontrar al mismo tiempo mayor interés en las cosas, es para él un doble beneficio que debe á la metafísica. Más tarde, es cierto, concebirá desconfianza en presencia de todos esos géneros de explicación metafísica; entonces se dará cuenta quizá de que los mismos efectos puede alcanzarlos tan bien y más científicamente por otro camino, de que las explicaciones físicas é históricas nos traen por lo menos también sentimientos de alivio personal, y que el interés por la vida y sus problemas toma en ellas quizá mayor intensidad.

18. *Cuestiones fundamentales de la metafísica*.—Una vez que se haya escrito la historia de la génesis del pensamiento, la siguiente frase de un lógico distinguido, se encontrará iluminada por nueva luz. «La ley general original del sujeto cognoscente consiste en la necesidad interior de reconocer todo objeto en sí, en su esencia propia, como un objeto idéntico á él mismo, existente por él mismo, y que permanece en el fondo, siempre semejante é inmóvil; en resumen, como una sustancia.» Aun esta ley que está llamada aquí «original», es también resultado de un cambio: algún día se demostrará cómo nace esta tendencia poco á poco en los organismos inferiores; cómo los débiles ojos de los topos, de esas organizaciones, no ven de pronto sino lo siempre idéntico; cómo en se-